

La Biblia nos muestra que Dios decidió liberar a la humanidad de su más grande oposición, el pecado, a través de la fe en Jesucristo. Cada uno de nosotros hemos pecado, y por tal razón nos hemos estado apartados de Dios. Esto es una gran realidad, aquí no existe distinción de personas. Toda la humanidad a pecado, y como resultado nadie puede alcanzar la gloria de Dios por si mismo, nadie puede ser aceptado por Dios por sus propias obras.

Únicamente, es a través de su Hijo Jesucristo donde la humanidad puede encontrar la esperanza, de ser llamado hijo de Dios. Dios por amor nos justifica, nos declara inocentes por medio de su Hijo. Dios envió a su único Hijo a morir por cada uno de nosotros, por gracia, sin pedir nada a cambio. La Ley demandaba una imposible perfección de parte de cada uno de nosotros, y como mencione anteriormente nadie puede adquirir esa perfección.

Es por esta razón, que Dios determina el derramamiento de sangre de Jesús en la cruz del Calvario. Para que a través del sacrificio perfecto de Cristo en la cruz encontráramos justificación, y vida en abundancia. Si confiamos en que Jesús murió por nosotros, Dios nos justifica, y nos perdona. Es aquí en la epístola a los Romanos la primera vez donde el apóstol Pablo utiliza el término “justificar”.

Y esta justificación no es porque nosotros lo merecemos, y mucho menos obedecer a plenitud la Ley Mosaica; sino porque solamente confiamos en Jesucristo. O sea, somos justificados, por gracia, es como recibir un regalo sin merecerlo. Qué grande es el amor de Dios para con nosotros, que aun nosotros siendo culpables, su gracia y su misericordia siempre están accesibles.